

BERNAL RUIZ, Graciela (Coord.). *Una sociedad fracturada. Guanajuato, 1810-1821*. Guanajuato, Ediciones La Rana, 2024.

DOI: <https://dx.doi.org/10.12795/Temas-Americanistas.2026.i56.16>

Estoy convencida de que nos acercamos a los libros desde nuestro caudal de experiencias, vivencias, preparación y lecturas previas. De ahí que cuando pienso en la guerra, afloran los miedos que produce el sólo hecho de enunciar o recordar algo vinculado a ella; justo porque se es consciente de los efectos de fractura, rompimiento o quiebra que produce en relación con ciertos órdenes sociales, comunitarios y familiares. Cuando la Dra. Graciela Bernal me invitó a presentar la obra que ahora reseño, de inmediato retornó a mi cabeza un recuerdo: mi madre, cuando yo tendría ocho o nueve años y mi hermano poco más de uno, le pidió de favor a mi madrina que, si alguna vez llegaba a detonar una guerra entre Cuba y Estados Unidos, nos sacara de la Isla. Mi madrina es portuguesa, residente en Canadá, y salió de su país en los años sesenta del siglo XX durante la dictadura de António de Oliveira Salazar. En cualquiera de los casos, en una Isla como Cuba o en una “cañada”, como se le reconoce a Guanajuato en México, respecto a los hechos o a las probabilidades de ellos, una guerra deja una huella honda y latente.

El libro objeto de esta reseña cuenta con una presentación y un epílogo escrito por la coordinadora de la obra para contextualizarla histórica e historiográficamente. Se constituye además por cinco capítulos a cargo de cuatro autoras y un autor. Esto llama la atención y es de destacar ya que el historiar sobre la guerra ha sido un espacio generalmente ocupado por hombres. De modo que constituye un buen ejercicio para demostrar que se va revirtiendo esa tendencia en la historiografía local. La escala de observación que asume la obra es Guanajuato, como un espacio privilegiado, epicentro del inicio de la guerra de independencia en Nueva España contra las tropas realistas.

Vale destacar que desde el título general de la obra hasta el de los capítulos se hace alusión a situaciones que generaron miedos. Dígase incendios, exaltación popular, enfermedades, enfrentamientos de bandos militares y los costos de estos, la destrucción, los cuestionamientos morales de la fraternidad o la deserción, de los diferentes castigos y del hambre que azotó a tantas personas.

Insisto en hacer notar el peso del miedo, porque el miedo quebranta a la sociedad. Porque si bien las historias nacionales y nacionalistas del siglo XIX y de parte del XX insistieron en temas potencializados desde los modos de hacer historia de personajes heroicos, de grandes batallas, etc.; este libro busca el enfoque de una historia social y cultural de la guerra en la que intervienen otros actores. En particular de quienes se unieron a la guerra o que desertaron de ella, así como las razones que tuvieron para hacerlo, buscando sobrevivir y resguardar sus bienes. Asimismo, se describen los espacios públicos y privados que fueron resignificados: como fue el caso de la alhóndiga de la ciudad que pasó a convertirse en una fortaleza.

Fue así como el análisis de los diferentes temas abordados demandó de herramientas teóricas y metodológicas enriquecidas. Labor que se vio favorecida por el funcionamiento del Seminario “Población y Guerra. La insurgencia en la intendencia de Guanajuato, 1808-1821” que tuvo el propósito de abonar nuevas percepciones sobre la guerra y sobre la sociedad en medio de esta. De ahí que los textos del libro cuentan con una rica base documental consultada en varios archivos locales, en especial el Archivo Histórico Municipal de León y el fondo Ayuntamiento del Archivo Histórico de la Universidad de Guanajuato.

Un primer capítulo, escrito por Rocío Corona utiliza el documento *Pública vindicación del Ilustre Ayuntamiento de Santa Fé de Guanajuato justificando su conducta moral y política en la entrada y crímenes que cometieron en aquella ciudad las huestes agabilladas [sic] por sus corifeos Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Guanaxuato 15 de enero de 1811*. A partir de su contenido Corona da apertura a un grupo de posibilidades de análisis de los sentimientos del pueblo en relación con las autoridades en medio de una guerra civil. Coloca en evidencia el hecho de pensar en el tema de la guerra únicamente en términos de bandos, de víctimas y victimarios, para demostrar que ello resulta reduccionista porque la violencia y la muerte alcanzó a todos sin distinción; a soldados, criollos, europeos, insurrectos y realistas. Esto lo demuestran las cifras de los miles de asesinados en los cerros, en las calles, los hallados sin cabeza, ahorcados y fusilados. Mientras, los que lograban sobrevivir iban a la cárcel o se mantenían ocultos sorteando un sinfín de necesidades: el saqueo de las haciendas, el caos, las paredes escurriendo sangre. Modos de violencia explícita y tácita que fueron aprovechados para invertir jerarquías sociales dada la desigualdad social y las injusticias que primaban; y a las cuales la propia discursividad o narrativa de las autoridades, en particular del ayuntamiento, intentó impedir.

A continuación, un capítulo de Graciela Velázquez atiende los años de 1813 y 1814. En particular coloca su interés en los cuerpos inmersos en la guerra y como la ciudad se convirtió en un “depósito de cadáveres” (p.61). Se fija en los cambios urbanos y de costumbres que tuvieron lugar ante enfermedades como el tifo y las fiebres misteriosas (sinocales). Asimismo, analiza la capacidad económica y política de las autoridades municipales, así como la alianza con la Iglesia para solventar la situación higiénica que tuvo varios agravantes. Instancias que velarían por la calidad del agua y del aire, por los enterramientos, por la infraestructura de hospitales y por las enfermedades que fueron emergiendo. Nota Velázquez que esta fue una coyuntura importante para el cuestionamiento y el estudio de diferentes sintomatologías.

Graciela Bernal presenta en su texto la dinámica de emisión de bandos civiles y militares e indultos, que fue una vía utilizada por las autoridades para perdonar y con ello controlar; mientras que para la población fue un camino para desertar y separarse del bando insurgente buscando posteriormente diferentes modos de reinserción social, de regresar con sus familias y de cuidar sus bienes. Destaca que estuvo presente la incertidumbre y el miedo a las represalias de las tropas del gobierno. Da cuenta de que además entre los insurgentes se dictaron bandos para corregir posturas, haciendo uso de un archivo nutrido en expedientes y casos de infidencia, con argumentaciones muy ricas de por qué se unían a su causa o renunciaban a ella. Todo lo anterior, conservado en el Archivo Municipal de León.

Mientras que Joaquín E. Espinosa analiza el desafortunado paso y gestión de Agustín de Iturbide al frente de la contrainsurgencia en el Bajío entre 1812 y 1819, en un período marcado por la represión y la violencia contra la población civil. En parte, como resultado de la descentralización y la autonomía de los oficiales frente autoridades políticas, que se empezó a experimentar dentro de las fuerzas armadas. Espinosa dedica un apartado de su texto a las mujeres y a como estas sufrieron la radicalización de las medidas contrainsurgentes; convirtiéndose en víctimas de violencia, encarcelación e incluso de fusilamiento, al estar acusadas de seductoras de las tropas, de provocar incendios, de prostitución, y de vincularlas como madres e hijas de presuntos cabecillas insurrectos. Lo cual alienta a buscar más sobre estas historias aún dispersas en los archivos y que son fundamentales si se va a investigar la guerra en la actualidad.

El último capítulo cuenta con la autoría de Evelin Mares, quien se concentra en los años 1818-1821 y ejemplifica cómo puso en práctica el concepto de *red social* y la categoría de *desertor* que se utilizó en un caso que involucró a 10 individuos en la villa de León. Para ello reconstruyó las relaciones personales, profesionales y comerciales de uno de los personajes -Miguel Otero- y se adentró en las dinámicas de la vida cotidiana y de la subsistencia en una sociedad trastocada por la guerra. A partir de ello destacó el rol de las mujeres como sostenes de relaciones y hogares; permitiendo a los lectores desplazarse de las grandes hazañas para observar en la escala de lo cotidiano.

Sirvan los libros como este para pensar la historia de la guerra desde otras perspectivas, privilegiando lo social; así como para comprender cuánto laceran estos conflictos violentos a las sociedades. Es este un modo de contribuir a fomentar la cultura de paz para que no sea necesario incendiar otras alhóndigas y para que las madres del futuro no se preocupen por la posibilidad de que ocurra una guerra que las separe de sus hijos.

Ibisamy Rodríguez Pairol

Centro de Investigaciones Históricas de América Latina - Universitat Jaume I

ORCID: 0000-0002-2752-394X